

Octubre de 1967

Investidura de Doctores Honoris Causa a profesores de las Universidades de París, Lovaina, Harvard y Munich

TAMBIEN A TITULO POSTUMO AL PROFESOR JIMENEZ DIAZ

- **“El ejemplo de vuestras vidas, el estímulo de vuestros altos méritos, servirán ahora de acicate para tender con renovado esfuerzo hacia metas cada vez más ambiciosas, tras las huellas de la Eterna Sabiduría, con noble afán de servicio a la Cultura, al progreso de las Ciencias, al bien supremo —cristiano— de todos los hombres”.**

En octubre de 1967, y coincidiendo con la II Asamblea General de la Asociación de Amigos, la Universidad de Navarra celebraba su segunda Investidura de Doctores Honoris Causa. Esta vez, al profesor Jean Roche, Rector de la Sorbona; al profesor Guillermo Braga da Cruz, antiguo Rector y profesor de la Universidad de Coimbra; a Monseñor W. Onclin, profesor de la Universidad de Lovaina y Secretario de la Comisión Pontificia para la Reforma del Código de Derecho Canónico; al profesor Ralph M. Hower, de la Universidad de Harvard; y al profesor Otto Bernard Roegele, de la Universidad de Munich.

En aquella solemne ocasión, el Gran Canciller pronunció las siguientes palabras:

Del discurso del Gran Canciller

- **“La tradición cultural del Cristianismo transmite a vuestras tareas plenitud humana”.**

«Luminosa e inmarcesible es la Sabiduría; fácil es de contemplar para quienes la aman y de descubrir por aquellos que la buscan» (Sap. VI, 13). Estas inspiradas palabras, que leemos en la Sagrada Escritura, brillan con todo el sentido de su perenne actualidad, en la hora gozosa que vive hoy la Universidad de Navarra.

Nos hemos reunido en solemne sesión para recibir en el Claustro de Doctores a unos Maestros de otras ilustres Universidades, que desde ahora son también parte integrante de nuestra Universidad. En vosotros, Excelentísimos Señores, vemos hecho realidad el ideal humano que suscita el elogio de la Sabiduría divina. Sois unos preclaros cultivadores del Saber, enamorados de la Verdad, que buscáis con afán para sentir luego la desinteresada felicidad de contemplarla. Sois, en verdad, servidores nobilísimos de la Ciencia, porque dedicáis vuestras vidas a la prodigiosa aventura de desentrañar sus riquezas, pero además la tradición cultural del Cristianismo, que transmite a vuestras tareas plenitud humana, os empuja a comunicar después esas riquezas a los estudiantes, con abierta generosidad, en la alegre labor del magisterio, que es forja de hombres, mediante la elevación de su espíritu.

Hemos escuchado todos con la mayor complacencia la alabanza académica de los

nuevos Doctores, la relación de los méritos que proclaman cuánta justicia hay en esta distinción que la Universidad de Navarra se honra en otorgarles. Pero quisiera todavía decir unas palabras, que expresaran la sincera admiración y el aprecio que esta Universidad les profesa y el afecto cordial que yo mismo personalmente siento por cada uno de ellos».

Se refirió, a continuación, a la personalidad y prestigio profesional y humano de cada uno de los nuevos Doctores, para terminar con estas palabras:

«Y llega por fin el momento —para mí lleno de emoción—, de evocar la figura de don Carlos Jiménez Díaz, que habría de encontrarse ahora entre nosotros, si el Señor en su suprema Providencia no lo hubiera dispuesto de otro modo. Cuando el 18 de mayo pasado nos sorprendió dolorosamente el fallecimiento del Profesor Jiménez Díaz había sido ya aprobada la petición unánime elevada por el Claustro de la Universidad de Navarra, solicitando que le fuera concedido el doctorado «honoris causa». Y en verdad, ¿quién no reconocerá al punto la patente magnitud de sus merecimientos? El Profesor Jiménez Díaz ha sido una figura egregia de la Medicina española, un investigador, un clínico incomparable. Fue el creador de una gran institución médica. Pero fue, sobre todo, un uni-

versitario que se consagró con generosidad sin límites a la formación de sus discípulos. Por eso su mejor obra, la señal cierta de la fecundidad de su vocación de maestro, es la Escuela médica que deja tras de sí; una Escuela cuyos miembros ya son a su vez maestros de numerosas Facultades y de la Clínica españolas.

La Universidad de Navarra debe mucho al Profesor Jiménez Díaz, y es para mí una gran alegría, tener ocasión de reconocerlo una vez más. Desde el principio comprendió la trascendencia de esta empresa educativa y científica, y con su experiencia y con su aliento, cooperó eficazmente a hacerla realidad. Fue el primer Presidente de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra y hasta su muerte ha sido Presidente Honorario. El Doctorado «honoris causa», que hoy se le confiere a título póstumo, y la lápida que honrará su memoria en la Facultad de Medicina, son el homenaje de admiración y de agradecimiento al científico ilustre, al hombre de bien, al amigo queridísimo.

Nada más ya, Excelentísimos Señores. Sirvan mis últimas palabras para expresar nuestros sentido y cordial reconocimiento. Al recibiros en su Claustro de Doctores, la Universidad de Navarra sabe bien en qué medida se enriquece, valora lo mucho que de vosotros recibe. El ejemplo de vuestras vidas, el estímulo de vuestros altos méritos, le servirán ahora de acicate para tender con renovado esfuerzo hacia metas cada vez más ambiciosas, tras las huellas de la Eterna Sabiduría, con noble afán de servicio a la Cultura, al progreso de las Ciencias, al bien supremo —cristiano— de todos los hombres».



Profesor Ralph M. Hower, de la Universidad de Harvard



Monseñor Escrivá de Balaguer, presidiendo el acto de investidura de Doctores Honoris Causa



Monseñor W. Onclin, de la Universidad de Lovaina



Profesor Jean Roche, de la Universidad de la Sorbona



Profesor Otto Bernard Roegele, de la Universidad de Munich



Profesor Guillermo Braga da Cruz, de la Universidad de Coimbra